

# El Amor es un gato de mierda

Ana Claudia Martínez

Image not found.

## Capítulo 1

Lo encontró, malherido y oculto, entre ladrillos rotos de una casa abandonada. Emitió un ronquido que le hizo poner en alerta pero al ver aquellos ojitos de cejas caídas, orejitas cerradas como paraguas en desuso y el hocico, pequeño y arrugado, metido entre las patas pulgosas, clausuró todas las defensas y, sin pensar, lo acobijó entre sus brazos.

- ¿Pero qué es ese bicho? ¿En dónde lo encontraste, Rúa, que viene tan zaparrastroso? – preguntó con desconfianza su amiga.

Si bien no hacía mucho se conocían habían entablado una intensa amistad que les llevó a buscar una casa juntas para iniciar una convivencia. Tanto ella como Belén estaban agotadas de relaciones fallidas con los hombres y querían tomarse un descanso de esos ribetes emocionales. Entendían esta nueva etapa como un retiro hacia ellas mismas. Disfrutarían de la soltería sin compromisos, conociendo personas que les ayudasen a liberarse de prejuicio y madurarían en la soledad, mientras ahorrraban en gastos. La realidad es que a cada una se le hacía difícil mantener una casa por sí misma.

Belén era relajada y flexible pero caía en una actitud sincericida cuando algo se corría de ciertos estándares.

- A mí no me vengas con que eso es un perro. De acá a la China se ve que es un gato. Y uno feo, peligroso y falluto. Mirale los ojos. Fijate como parece que en cualquier momento te planta un zarpaso en la cara – comentaba en un tono controlado para no despertar la ira de lo que ella consideraba era un gato. Pasaba la escoba con lentitud exagerada y probaba la paciencia del felino en cada pasada - ¿Vos lo escuchaste ladrar? ¿Le viste las uñas? Decí que tiene rabo porque si no te daba una pista...

- Pobrecito, tenele piedad. Nadie lo quiere. Se ve que lo abandonaron y está super triste. Es verdad que se muestra ambiguo porque de a ratos se acerca y por momentos se desaparece, pero es tan solo una forma de protegerse porque ha sufrido mucho, eso es notorio, mirale la piel toda herida – levantaba una de sus patas para mostrar el pellejo desgarrado en la cara interna de cada miembro. Parecía que venía de combatir una pelea callejera con otros contrincantes.

- Ese bicho, vas a ver, te va a comer toda la comida, va a dejar que lo cures, le des tu cama, le compres un collar, va a hacerse el domesticado y mimoso, te va a engatusar y un día que vos andes media triste o complicada, se va para no comerse tu desánimo y te deja así, toda

enamorada de una piltrafa – sin paciencia miraba con desafío a lo que, ahora sí, sin lugar a dudas, entendía era un gato – Los gatos son egocéntricos, inmaduros y no les importa abandonarte, porque ellos solo quieren la propiedad, sentirse dueños de la casa, no les importás vos.

- No me parece que sea así... conozco gatos buenos, mansos... Igual Amor es un perro – sentenció, como estableciendo el límite entre lo que quería escuchar y lo que ya era para otra conversación, mientras preparaba el agua para darle un primer baño.

- ¿Cómo dijiste? ¿Amor? ¿Esta cosa, hecha pedazos, se llama Amor? Uy, nena, sí que venimos mal con el pasado, ieh! – se rió, con ironía, porque sabía que ella aún no terminaba de concluir, en su corazón, la historia con Rafael, quien la dejó de un momento para otro para iniciar, a las dos semanas, una relación inminente con una de sus mejores amigas.

- Sí, Amor, porque estoy segura que todos los seres, de a pedazos, volvemos a ser felices amando de nuevo. Ahora estoy herida y Amor también lo está. Pero los dos nos vamos a ayudar y cada uno lamerá las heridas del otro hasta que cicatricen. Me va a ayudar a no caer en los brazos de ningún sorete que me quiera engañar y yo le voy a dar techo, comida y el cariño que precisa para volver a confiar en los seres humanos – dio la vuelta con el mamífero en brazos para iniciar el proceso de higienización.

A los dos meses Amor se sentía el dueño de casa. Salía por la ventana por las noches, a altas horas de la madrugada, y volvía por la tarde, para alimentarse, dormir cómodo en la almohada y disfrutar los arrumacos de su "ama". Percibía que estos comportamientos no eran propios de un perro pero era tan naif que siempre daba una oportunidad a la forma de ser diferente de cada persona y animal. Confiaba que con el tiempo su reciente compañero iría asimilando los límites del amor compartido, los ajustes a una convivencia armoniosa, respetaría los horarios de la casa y no dejaría heces por cualquier parte ni a cualquier hora.

- ¡Tu gato se caga en nosotras Rúa! ¡Me tiene cansada con esa actitud pedante e infantil! Pero nena, abrí los ojos, por favor, date cuenta que ese bicho no es perro, es gato y uno muy pero que muy jodido. No está mal desconfiar un poco de vez en cuando – le pasaba la taza de arroz para verter en la olla porque, aún en los desencuentros, eran compañeras a la hora de cocinar y llevar a cabo las tareas de la casa.

- Que no es gato. Es perro. No ladra porque es temeroso. Creo que tiene varios traumas del pasado que nunca vamos a conocer, por supuesto. No se caga en nosotras, es que es diferente, tiene sus tiempos para adaptarse, está aprendiendo y de a poco va a ir respondiendo, vas a ver.

- Mirá que estás zarpada de negadora. ¿Vos no ves que este bicho es como Rafael? ¿Querés que te pase lo mismo? No soy pájaro de mal agüero pero te vaticino que este bicho se va, de un día para otro, y te deja terrible cagada encima de la cama.

No volvieron a mencionar el tema de Amor, ya sea porque Belén bajó los brazos, rendida ante su actitud ciega, o porque ella se empecinaba en dedicar toda energía en la recuperación de ese animal.

De a poco se fueron distanciando sin darse cuenta. Se veían cada vez menos y los mates quedaban fríos, en mitad de la mesita ratona, esperando por las manos tibias de la otra.

No le contó a Belén que había perdido el trabajo por las reiteradas llegadas tarde. Le implicaba minutos extra limpiar las inmundicias de su mascota y no tenía la mente puesta en las tareas administrativas sino a los regresos fortuitos del animal.

Se daba cuenta que estaba rara, cambiada, cerrada y atrapada en una torre inaccesible de silencio. Reconocía, para sus adentros, que solo tenía ojos para ese felino que a ella, su rescatista, ni registraba.

- ¡Desapareció! No está más. No hay heces ni nada. No hay rastro. ¡Se fue Belén, se fue, me dejó! – lloraba como si hablara de Rafael. Su ex la había cagado con su mejor amiga pero de la sutil manera humana, con menos olor y mayor gravedad en las consecuencias.

- Ay, corazón... Rúa... no te pongas así. Vos sabías que esto iba a pasar. ¿No te lo vengo diciendo desde el día en que apareciste con ese animal sin cola. Si sería notoria su cobardía que ni rabo entre las patas tenía – la abrazaba con ternura porque conocía su fragilidad. Si no le apretaba quizá se esfumase ante sus narices. Con una mínima corriente de la puerta entornada se desarmaría en infinitos pedazos.

- No es justo, Bel, no es justo. Vos viste todo lo que yo hice por él. Todo el mundo pasaba, lo miraba, y seguían de largo. Estaba solito, indefenso, necesitaba del amor de alguien. Yo se lo di. Mirá lo que me hace... - sin consuelo los hipos del llanto le cortaban la respiración - ¿Y si no lo veo nunca más? ¿Y si le pasó algo malo? ¡Me muero si Amor está muerto!

- Rúa, sentate, calmate – le ofreció la sillita de los mates y le cebó uno – Amor no desapareció. Es decir, no va a volver, pero no desapareció.

- ¿Cómo? ¿Pero qué estás diciendo? ¿Vos sabés dónde está Amor? Decime que lo voy a buscar. Pobrecito, capaz que tiene hambre o frío. Quizá se perdió y confundió de casa – en vanos intentos de justificación se seguía

deshaciendo.

- No, Ru, tranquila. Respirá. Tomá este mate y escuchame – le tendió la bebida caliente como para despertarla del trance. Con el agua hirviendo quizá hiciese ebullición esa sangre femenina y dejase de estar arrastrada añorando la lástima de ese gato traicionero.

De a poco, con manos temblorosas, se fue tranquilizando en cada cebada. Conectó con su respiración y la presencia incólume de su amiga le ató a la tierra.

Observó el entorno con nuevos ojos. Sus pupilas, dilatadas por el miedo, comenzaron a ceder y así focalizar en los detalles. La ventana abierta y de cortinas descorridas, un aire estival que les entibiaba el rostro, las plantitas verdes y animosas en el pretil, aquel suelo limpio con fragancia de eucaliptos.

Miró a su amiga a los ojos y sintió, sin necesidad de un gesto, que le tocaba el corazón. Belén sostuvo la mirada, en silencio, y pareció contarle lo que ella aún desconocía.

Sintió el apretón amistoso en el brazo desnudo y aquella sonrisa le infundió ánimos.

- No va a volver, ¿no?

- Sabes dónde está, ¿verdad?

- Si... Dios los cría y ellos se juntan – devolvió el mate para continuar con la ronda - Solo me pregunto con qué nombre bautizarán a ese gato de mierda... porque Amor, lo que se dice amor, seguro no es.

Sonrió, con picardía, en complicidad con la que sentía era una hermana que le regalaba la vida, cerrando una historia fallida con su ex, la traición de la que se decía mejor amiga y varios meses de sentirse cagada por un gato que se hizo pasar por perro.